

EGO
seguido de
EN EL FILO

ALEXANDR SOLZHENITSYN

EGO
seguido de
EN EL FILO

Traducción de
Mercedes Fernández Cuesta
y Mario Grande

PÁGINA INDÓMITA

Títulos originales: *Ego y Na krajab*

© Alexandr Solzhenitsyn, 1994-1995, publicado bajo
acuerdo con Librairie Arthème Fayard
© de la traducción, Mercedes Fernández Cuesta y Mario Grande
© de la presente edición, PÁGINA INDÓMITA, S.L.U.
Providencia 114 bis, 4º 4ª. 08024 Barcelona
www.paginaindomita.com

Diseño de cubierta y composición: Ángel Uzkiano
Ilustración de cubierta: cartel de la caballería roja, 1920
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls
Primera edición: octubre de 2016

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-944816-4-2
Depósito legal: C-1515-2016

ÍNDICE

Ego

9

En el filo

63

Glosario

139

EGO

Antes de cumplir treinta años, antes de la guerra con los alemanes, Pável Vasílievich Éktov ya tenía la idea, y el firme convencimiento, de querer dedicarse por entero a las cooperativas rurales en lugar de perseguir metas más grandes y vibrantes. Mantenerse en esa línea le había supuesto participar en agrias discusiones públicas y hacer oídos sordos a las recriminaciones de los demócratas revolucionarios, como que ser un «trabajador concienciado» en el ámbito de las «tareas menores» era un sinsentido, que derrochar fuerzas en pequeños trabajos inútiles no solo era nocivo sino además una traición a toda la humanidad por el bien de unas pocas personas cercanas, pura filantropía barata sin perspectivas concluyentes. Según ellos, si existe un camino hacia la salvación universal de la humanidad, si hay una clave segura para el ideal de felicidad del pueblo, ¿qué valor tiene, en comparación con eso, una modesta ayuda particular de una persona a otra, el mero alivio de las penalidades cotidianas?

Muchos trabajadores concienciados se avergonzaban ante estos reproches y, ofendidos, trataban de jus-

tificarse argumentando que su trabajo «también era útil» para el progreso mundial de la humanidad. Pero Éktov se ratificaba cada vez más en que no le hacía falta justificación alguna para ayudar al campesino en sus necesidades básicas cotidianas, para aliviar al pueblo de manera práctica, a diferencia de lo que hacían los curas de los pueblos con sus sermones evasivos, tan reiterados en las escuelas parroquiales. Y es que precisamente las cooperativas agrícolas de crédito podían ser el método para el salto de la humanidad a la felicidad definitiva.

Éktov conocía todas las formas de cooperativismo; es más, las admiraba profundamente. Había pasado un tiempo en Siberia y allí se había maravillado al descubrir que una cooperativa de producción de mantequilla, sin grandes instalaciones, era capaz de abastecer a toda Europa de un producto fragante y sustancioso. De vuelta a su tierra, en la provincia de Tambov, había sido el animoso impulsor de una cooperativa de ahorros y préstamos, y continuó desempeñando ese trabajo tras el estallido de la guerra. (Al tiempo que participaba en el sistema de la *Zemgor*,¹ pese a que le repugnaban su extrema politización y su turbia gestión del frente.) Dirigió la cooperativa durante todo el año revolucionario de 1917, y en enero de 1918, en vísperas de la ineluctable

1. «Unión de Zemstvos y Pueblos», organización privada creada en Rusia durante la Primera Guerra Mundial para suplir las insuficiencias de las instituciones oficiales en el ámbito de la industria y el abastecimiento de los ejércitos. (*N. del E.*)

confiscación de todas las cajas cooperativas, se empeñó en que su sociedad de crédito devolviera en secreto los fondos a los depositantes.

Los impetuosos bolcheviques lo habrían *puesto a la sombra* de haberlo sabido con certeza, pero no ataron cabos. Fue citado una vez en el monasterio de Kazán, donde se encontraba la Checa, aunque salió del paso tras un interrogatorio superficial. Lo cierto era que ellos ya tenían suficientes y graves preocupaciones. Un día, en la plaza principal cerca del mismo monasterio, se habían reunido cinco grupos en edad de reclutamiento, cuando de pronto apareció por un lateral un apuesto jinete a lomos de un caballo gris y exclamó: «¡Camaradas! ¿Qué es lo que prometió Lenin? ¡Que no iríamos nunca más a la guerra! ¡Así que marchaos a casa! ¿Acabamos de volver y ya nos llevan otra vez a la guerra? ¡Marchaos a casa!». Esto prendió como una llamarada en aquellos muchachos con ropa gris negruzca de campesino. Tras esas palabras, se separaron y salieron en desbandada; unos se fueron hacia los bosques, para desertar, mientras que otros comenzaron a hacer llamamientos a la rebelión por la ciudad, forzando la huida de las propias autoridades, las cuales regresaron al día siguiente con la caballería de Kíkvidze.

Éktov vivió los años de la guerra civil moralmente desorientado: las cruentas matanzas entre compatriotas y la férrea opresión de la dictadura de los bolcheviques le hicieron perder el sentido de la vida, la de toda Rusia

y la suya propia. Jamás había sucedido nada semejante en su tierra. La vida humana en general había perdido su curso racional acostumbrado; ya no se trataba de la actividad de seres racionales, pues con los bolcheviques ese curso se había ocultado y se había dividido en arroyuelos secretos, tortuosos o astutamente trazados. A pesar de todo, para un demócrata convencido como Éktov la victoria de los blancos y el regreso de las fustas de los cosacos no eran una solución. Así pues, no sintió ningún tipo de liberación ni de satisfacción moral cuando en agosto de 1919 la caballería blanca de Mámontov permaneció dos días en Tambov, y eso que la Checa había huido del monasterio de Kazán. (Claro que aquello no había pasado de una breve incursión.) De hecho, toda la intelectualidad de Tambov consideraba que el régimen bolchevique era absolutamente efímero: uno, dos o tres años y caerían, y Rusia retornaría a una vida que entonces sería plenamente democrática. Y es que la represión ejercida por los bolcheviques era fruto no solo de su mala voluntad o su ignorancia sino también de las dificultades derivadas de tres años de guerra exterior y de la guerra civil desencadenada a continuación.

Tambov, rodeada de una provincia rica en cereales, no sufrió hambrunas en aquellos años, si bien el peligro de escasez por las heladas invernales hacía que todo el mundo tuviese que dedicar a diario todas las fuerzas de su ingenio, de la mente y el alma. Y el campesino de los

alrededores de Tambov, ajeno al mundo, empezó a arruinarse inexorablemente debido a las incursiones: al principio, los destacamentos que cazaban desertores robaban a los campesinos cuando estos llevaban cereales y víveres a la ciudad; después llegaron los destacamentos de confiscación de alimentos. Su llegada a un pueblo muerto de miedo llevaba inevitablemente aparejado el fusilamiento de unos cuantos campesinos, al menos uno o dos, como advertencia a toda la población. (En ocasiones también disparaban aleatoriamente ráfagas de ametralladora desde el zaguán de la sede del gobierno del distrito.) Y siempre llevaban a cabo un saqueo general. El destacamento de confiscación de alimentos se acuartelaba en el pueblo y lo primero que hacía era exigir comida: «¡Traed cordero! ¡Traed ocas! ¡Huevos, mantequilla, leche, pan!». (Y, acto seguido, toallas, sábanas, botas.) Los campesinos se habrían dado por contentos con quitárselos de encima tras un par de días, pero los del destacamento, con sus cereales, carne, miel y telas, terminaban formado una siniestra comitiva dirigida a un poder proletario que jamás había compartido con los campesinos ni la sal ni el jabón ni el hierro. (A las tiendas de otros pueblos enviaban, sin venir a cuento, medias de seda, guantes de cabritilla o lámparas de queroseno sin quemadores ni queroseno.) Y tanto rastreaban el cereal continuamente por los graneros que, a menudo, no quedaba ni para comer ni para sembrar. Los campesinos los llamaban «negros», en alusión

al demonio o a que muchos de ellos no eran rusos. Por lo visto, toda la provincia de Tambov estaba sometida al terror por el vesánico *gubprodcomisar* (comisario provincial de víveres) Goldin, quien no valoraba la vida humana, no tenía en cuenta el dolor de la gente ni las lágrimas de las madres, y era terrible incluso con los integrantes de los destacamentos. Alperóvich, *prodcomisar* del distrito de Borísoglebsk, no era mucho más suave que él. (El poder se daba a sí mismo sobrenombres rimbombantes: también existía el *nachpogub* Weidner; el propio Éktov tardó mucho en comprender qué significaba esta terrible palabra: jefe del departamento político de la provincia.)

Al principio los campesinos no podían dar crédito a lo que estaba sucediendo. Los soldados, al volver del frente alemán, de los regimientos de reserva y del cautiverio (donde recibían la persistente propaganda bolchevique), llegaban a sus pueblos con la noticia de que ya se había implantado el poder campesino, de que la revolución se había hecho para ellos: eran los dueños de la tierra. Entonces, ¿por qué los de la ciudad enviaban a unos desvergonzados a ultrajar a los laboriosos campesinos? ¿Por qué codiciaban los bienes de estos sin haber sembrado ellos su propio pan? Lenin había dicho: ¡quien no haya arado ni sembrado, que no coma!

Y corría por los pueblos el siguiente rumor: ¡Ha habido una traición! ¡Han suplantado a Lenin en el Kremlin!